

¡Cuidado con el Anticomunismo!

N. de la R.—SIC se complace en presentar la 1ª parte de este trabajo del Dr. Ricciardi, abogado, especialista en estadística y escritor laureado en su patria, Italia, con un premio nacional. En el próximo número aparecerá la 2ª parte.

¡Si los católicos supiesen! Sólo ellos están en condiciones de responder a las necesidades del mundo. Ellos podrían ponerse a la cabeza de la historia temporal, y nada resistiría ante ellos. Pero son demasiado necios para hacerlo.

CHARLES PEGUY

Hay varios sistemas para enfrentarse al comunismo; y no está dicho que los más usados sean los mejores. Aquí queremos demostrar previamente **cómo no debe combatirse el comunismo**; luego pasaremos a exponer los medios que, a nuestro entender, son los más oportunos para neutralizar sus esfuerzos agresivos de penetración en nuestros medios.

En ambos casos sostenemos que los cristianos deben desechar toda clase de violencia, tanto material (pues las ideas se combaten con las ideas y la sangre recae sobre los que la derraman) como moral, y en primer lugar el odio y la mentira.

Se nos objetará que tales medios son precisamente los que los comunistas adoptan a menudo (1); pero esto, en lugar de debilitar nuestra afirmación, la afianza; porque, al adoptar los mismos sistemas de ellos, renegamos de Cristo y de su doctrina; y nos hacemos acreedores de una derrota que, después de una serie de éxitos aparentes y victorias provisionales, es la recompensa final de toda violencia. Ahí está la historia para comprobarlo. Los medios injustos no pueden adoptarse en ningún caso para defender una justa causa; el mal no puede engendrar ningún bien y acabaría por volvernos tan malos, si no peores, que los que queremos vencer.

Es un tópico corriente (pero no cristiano) que la defensa violenta contra un ataque injusto es legítima: *vim vi repellere*, rechazar la fuerza con la fuerza, como decían los romanos. Pero los romanos eran paganos, y esta mentalidad es anterior a Cristo, y debería considerarse superada por nosotros. Nada, de grande se realiza contra algo o alguien, porque contraviene al precepto de la caridad; y el prefijo *anti* debe ser borrado de nuestro vocabulario. "El comunismo nunca será destruido por la guerra; debe ser **convertido**, —dice Mons. Fulton J. Sheen.— El mal sólo puede ser superado por el bien."

(1) Son conocidas las directivas de Lenin: "Es preciso usar, si es necesario, todos los estratagemas, astucias y métodos ilegales; estar decididos a callar, tergiversar y disimular la verdad. Todo es moral, si es bueno para el Partido."

Es a nosotros a quienes Cristo recomendó: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen." Amar a los que nos combaten, nos calumnian, nos desprecian quiere decir ayudar, tolerar y también sufrir en carne propia; hacer el bien, es rogar por ellos y cooperar con la palabra y el ejemplo a su conversión. Estas palabras, después de veinte siglos, no han cambiado. Los fariseos —la mayoría de nosotros— tampoco.

Sé por adelantado que esta posición parecerá paradójica a muchas personas a las cuales el miedo aconseja hacer todo lo que deberían cuidadosamente evitar. Y digo miedo porque, aunque íntimamente convencidos de la victoria final del bien sobre el mal, no tienen madera de mártires y no quieren ser las víctimas, en sus personas y en sus bienes, de una de aquellas que he llamado victorias provisionales de nuestros enemigos. A todos gusta desfilar bajo el arco de triunfo, pero pocos tienen el espíritu de sacrificio y el valor deliberado de quedarse tendidos en el campo de batalla. Y, sin embargo, el heroísmo personal es el precio que debe pagarse por toda victoria.

No hay remedio: si creemos en la palabra de Cristo, tenemos que acatarla: "No resistir al malo, sino que, si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra" y "Al que quiere quitarte la túnica, déjale también el manto". (Mt. 6, 39-40). ¿Qué le vamos a hacer? Ser cristiano nunca ha sido una cosa cómoda ni fácil.

La "no resistencia" al mal no es una manifestación de cobardía ni una capitulación ante el enemigo: al contrario, es una prueba de valor moral y un indicio de dominio sobre sí mismo. Si necesitan pruebas de su eficacia, ahí tenéis una, luminosa y contemporánea: la independencia de la India, lograda sin derramamiento de sangre por un hombre que oponía la resistencia pasiva y los ayunos a la férrea política colonial de Inglaterra, que salió derrotada. Gandhi no era católico; pero llevaba bajo el *saari* dos libritos: los **Evangelios** y las **Florejillas** de San Francisco. Y, al contrario de nosotros, no se contentaba con leerlos: aplicaba sus preceptos al pie de la letra. Ahí está el detalle.

Cómo no debe combatirse el Comunismo

Emilio Fouquier (2) clasifica en cinco categorías el anticomunismo negativo, que debemos evitar y rehuir. Por supuesto, se trata de una división esquemática y simplista, pues tal vez en la misma persona coexisten varios de estos motivos de oposición al comunismo.

1) **El anticomunismo instintivo o sentimental.** El que llega a sentirlo, "ve rojo" en cuanto oye la palabra "comunista". Está dispuesto a alistarse en todas las cruzadas, si es valiente, y si lo es

(2) Emile Fouquier—Responsabilidad del cristiano ante el comunismo—1959.

menos, a utilizar toda clase de medios indirectos. No es, en efecto, su inteligencia la que reacciona, sino su corazón, casi iba a decir "sus vísceras".

2) **El anticomunismo interesado.** Aquellos que lo adoptan, temen perder ventajas materiales de posición o de fortuna. Temen mucho más por su bolsillo que por su alma. En sus ideas, en sus actos, en lo profundo de su corazón hay más materialismo que en el de un obrero adscrito al "partido". Muchos no creen en Dios y muchos idolatran bajo su nombre una proyección de sus intereses. Odian al comunismo socialista y expropiador como odian cualquier forma de justicia social, incluso la que propone la Iglesia.

3) **El anticomunismo conservador.** Con frecuencia aparece ligado al precedente, pero también se desarrolla entre personas que no tienen gran cosa que perder. Corresponde a una mentalidad profunda, que tiene horror a todo cambio brusco, a toda revolución, aunque sea pacífica. Afirman que el régimen actual ofrece muchas ventajas (pero, ¿para quién?) y, de ser posible, volverían a regímenes pasados, que les parecen aun mejores. Ven en el comunismo sólo un fermento de desorden. "¿No es preferible —os preguntan— el orden a todo, aún a la injusticia?" O también: "¿No es el desorden peor que la injusticia?" Sobra decir que esta oposición al comunismo degenera, a veces, en hostilidad a toda promoción obrera.

4) **El anticomunismo nacionalista,** que se apoya en motivos patrióticos. Los que lo profesan se preocupan por la independencia de su país: el poder en manos de los comunistas entrañaría la subordinación a una potencia extranjera, la sujeción al imperialismo de Moscú.

5) **El anticomunismo personalista y humanista** repudia esta ideología porque se le presenta como un atentado a los derechos fundamentales de la persona. Las libertades esenciales quedan comprometidas por la servidumbre de cada individuo a la colectividad. Tal vez esta forma de anticomunismo se asocia a motivos espirituales, basándose en la persecución religiosa que normalmente se sigue al acceso al poder de los comunistas, y también puede fundarse en la oposición inconciliable entre cristianismo y comunismo. Esta oposición podría aceptarse en principio; pero lo que pasa es que el ideal "cristiano" de la mayoría de los que lo sustentan no siempre, o casi nunca, coincide con el Evangelio.

Con permiso de Fouquier, yo añadiría una sexta categoría: **los que ven el comunismo también allí donde no lo hay** y tratan de enemigos a los que deberían considerar aliados, sólo porque enfocan el problema social desde un punto de vista que no es el de ellos y sostienen que el método más eficaz para evitar la instauración del comunismo es el de eliminar las causas que lo favorecen.

Todos conocemos publicistas y hombres políticos que están siempre al acecho y con la lanza enhiesta, verdaderos Don Quijotes de papel, que ven enemigos en todas partes, hasta en los molinos de viento. Esta manifestación patológica, conocida bajo el nombre de **Macarthismo**, es una forma degenerativa del anticomunismo, de la cual el cristiano debe guardarse, primero porque contraría a la caridad y luego por motivos de higiene mental.

Es contraria a la caridad. Nunca debemos olvidar que también el comunista es un hermano nuestro, casi siempre un cristiano salido del rebaño, pero que siempre puede ser recuperado. Ha recibido el mismo bautismo que nosotros; y, llegado el tiempo, la Gracia sabe donde encontrarlo. Cristo —quien "ha venido a salvar lo que estaba perdido"— ha muerto también por él. Y, aunque no fuera bautizado, es un cristiano en potencia, tal vez sin saberlo ni quererlo; y, si es hombre de buena fe, quizás pueda cambiar de opinión; en todo caso, en el último día, puede que reciba un trato mejor que muchos cristianos equivocados.

Es contraria a la higiene mental. Escuchad lo que dice un sabio católico, un maestro del psicoanálisis, Karl Stern: "La vigilancia ante el mal puede dar lugar a una exagerada preocupación por el mal. Y, como lo han enseñado los Padres de la Iglesia, **si nos preocupamos indebidamente por el mal, nos hacemos malos**. Es peligroso pensar más en las cosas **contra** las que estamos que en aquellas **con** que estamos. Es más fácil desconfiar que creer. La historia de la Iglesia Primitiva muestra de modo bien claro que lo que conquista al mundo es lo que la fe tiene de positivo.

Hay una anécdota muy interesante en la vida de Santa Teresa de Lisieux, que se refiere a un libro, escrito por un converso, presentando la que llamaríamos hoy la "historia por dentro" de la Masonería. Este libro fue al parecer un "best seller" de aquella época y fue entusiastamente recibido por las buenas monjas de su comunidad. Sólo a Teresa, en oposición a su superiora y a todas sus compañeras, le disgustó intensamente. Luego se supo que el autor era un mentiroso psicopático. Hoy, cuando los comunistas y las secretas maquinaciones comunistas presentan un peligro objetivo, nos vemos colocados ante una trampa. No es cuestión de paranoia en el sentido clínico de la palabra; es algo imponderable que sucede a una comunidad de fe. Tenemos nuestro olfato listo para descubrir el olor del adversario, pegados nuestros oídos contra el suelo para escuchar los cascos de sus caballos. Y, antes de darnos cuenta, nos ocurre algo decisivo: perdemos el equilibrio. Nuestra mirada ya no se fija en Dios y en el hombre como prójimo.(3)

Ni capitalismo, ni comunismo

Después de estos errores contra la caridad, hay los errores contra la justicia. Tenemos que

(3) Karl Stern—La Tercera Revolución—1958.

dar al César lo que es del César, y no tener miedo a la verdad, aunque no sea siempre de nuestro gusto. Y esto quizás necesite un discurso un poco más largo.

Nosotros no aceptamos, por supuesto, pero tampoco debemos justificar con nuestra conducta, la impostura que consiste en confundir la civilización cristiana con el régimen capitalista liberal. Debemos, por lo tanto, repudiar toda política "reaccionaria" en materia social y abogar por una política "a reacción", para usar una expresión de moda.

Nunca olvidemos que el anticomunismo ha nacido como una organización de defensa del capitalismo liberal, primero contra la ideología marxista, que él mismo había engendrado, y luego contra otra forma de capitalismo, estatal y totalitario, originado por la instauración del socialismo soviético en Rusia, y sucesivamente en camino de expansión en el mundo entero.

El cristiano debe tener mucho cuidado en mantenerse apartado de los dos campos en lucha, si no quiere correr el peligro de alistarse en uno de los dos bandos y participar, sin darse cuenta, en el combate de una injusticia contra otra. Y debe desechar la tentación de escoger, entre dos males, el que estima el menor. Es esta confusión, o táctica equivocada, de muchos católicos la que quitó a la Iglesia la confianza de la clase obrera, más que su pretendida ausencia en la defensa de los derechos sagrados de los trabajadores; y la consecuencia es la que hacía exclamar, con honda pena, a Pio XI: "El gran escándalo del siglo XIX ha sido la pérdida de la clase obrera por parte de la Iglesia".

Tenía mucha razón Emmanuel Meunier al escribir: "El método de la polémica de refutación, que desecha en bloque el error y la verdad, es el método más apto a consolidar las fuerzas que el error saca de estas verdades cautivas. El marxismo supo conquistar la confianza del mundo de la miseria. Por poco profundas que echó sus raíces —muchas deserciones, sobre todo en Europa, lo han demostrado—, él simboliza, en este mundo, la liberación. Dió a las más legítimas reivindicaciones de la clase obrera una forma que ésta cree solidaria de sus esperanzas. No se puede negar que los partidos marxistas, cualesquiera sean las culpas que se les pueda imputar, no hayan ayudado en gran medida a la inteligencia y al progreso de la organización social. Toda flecha dirigida a este movimiento hiere, detrás de él, hombres justamente amargados, compromete nuestra causa en regiones de su corazón donde las heridas son largas en sanar... Sólo una rotura total, sin ambigüedades ni arrepentimientos, en nuestra vida privada como en nuestras doctrinas, con las fuerzas de la opresión y del dinero pueden dar autoridad a la doble y necesaria separación que nosotros hemos emprendido: la de los valores espirituales y del desorden establecido, la del marxismo y la de la revolución necesaria." (4)

(4) Emmanuel Meunier—Manifiesto del Personalismo—Revista Esprit, 1936

Esta firme posición, que es hoy la posición oficial de la Iglesia, trae como consecuencia que los católicos, rehuendo toda alianza comprometedora con los exponentes de las dos ideologías contrarias y los regímenes que las respaldan, deben luchar sobre dos frentes: el del capital y el del trabajo, ambas clases descristianizadas, para convertirlas y llevarlas a la razón.

A los poseedores del capital deben repetir sin medios términos ni recovecos que Dios condena la riqueza mal adquirida (y el 80% lo es); que no se puede servir a Dios y a bajo el régimen de la repartición es, a la vez, más justo y más seguro que vivir bajo el de la capitalización. Por consiguiente, deben poner sus riquezas al servicio del bien común, creando nuevas fuentes de trabajo y transformando las estructuras vigentes, de manera que el obrero no sea explotado, sino llamado a participar, posiblemente en la propiedad, en todo caso, en los beneficios de la empresa. De lo contrario, perderá su alma (el Evangelio, cuando habla de los ricos, usa expresiones que extremecen), y, con mucha probabilidad, también sus bienes; pues, si en la próxima década no se realiza un cambio en las estructuras sociales, nada podrá detener la revolución en marcha.

A los trabajadores deben hacer entender que Dios está al lado de ellos en sus justas reivindicaciones, pero no aprueba el odio ni la violencia; que el hombre, si no puede prescindir de los bienes materiales, no debe fundarse únicamente en estos; tanto es verdad que los ricos, que lo tienen todo, son a menudo más desgraciados que los privados de muchas cosas. El destino humano debe ser superado con vistas en algo que está por encima del hombre, y al que éste debe tender con afán de perfección, de fraternidad, de amor.

En resumen, y para concluir:

1) **La oposición de los cristianos al comunismo no puede ser sino de orden espiritual.** Debemos combatir al comunismo como ideología, pero amar a los comunistas como hermanos descarriados, y no desear su aniquilamiento sino su conversión. Actuar de forma distinta es caer en un anticomunismo materialista y negativo; es olvidar nuestros pecados de acción y de omisión; es ignorar las exigencias de un mundo nuevo, el mundo del trabajo, que se necesita bautizar y cristianizar. Como decía el Cardenal Gerlier, durante la **Semana Social** de Lyon de 1958 debemos compadecernos por estos hermanos nuestros desviados, "a los que la Iglesia no quiere abatir, sino conducir de nuevo a la verdad. No se trata de exterminar hombres, sino de conquistar almas, es decir, trabajar por su transformación interior."

2) **La oposición al comunismo no debe convertirse en ningún caso, por un cristiano, en oposición a la promoción obrera.** El movimiento obrero y el comunismo son dos cosas distintas: el primero es legítimo; el segundo, si tiene argumentos valederos contra la mala distribución de

la riqueza y la explotación del hombre por el hombre, contiene también muchos errores, que conviene poner de relieve y combatir. Sólo así la oposición de los cristianos al comunismo será constructiva y tendrá posibilidad de ser escuchada.

Debemos aplicarnos para que desaparezca todo lo que prepara y abona el terreno al comunismo, facilitando su difusión y haciendo posible su triunfo. Tenemos que luchar contra las injusticias de toda especie; esforzarnos para eliminar gradualmente la miseria y las desigualdades sociales; luchar contra la dictadura del dinero y los abusos del derecho de propiedad. Porque, si la Iglesia condena el comunismo, no aprueba por eso los excesos del capitalismo liberal. El cristiano debe proponerse como meta eliminar la injusta distribución de la riqueza y suprimir el proletariado. Los Pontífices han indicado claramente las directivas que han de seguirse: reforma de las empresas, generalización de la propiedad, educación e instrucción de los obreros para que tengan acceso a puestos directivos.

Se trata, en suma, de tomar en serio nuestro cristianismo, que sustenta un ideal más grande, más humano y más efectivo que el del comunismo, porque nos propone una concepción más elevada del hombre, alienta en nuestros corazones una esperanza más alta, nos aporta y nos exige un amor más perfecto.

El cristiano que tiene la posibilidad de contribuir a la instauración de este nuevo orden social y no lo hace, traiciona a su fe y, al fin y al cabo, también sus intereses, que cree defender. Con honda pesadumbre lo ponía de relieve Pío XI, el gran Apóstol de la promoción obrera, en su Encíclica **Divini Redemptoris**: "Es por desgracia muy cierto que las prácticas admitidas en ciertos medios católicos han contribuido a quebrantar la confianza de los trabajadores en la religión de Jesucristo. No se quería comprender que la caridad cristiana exige reconocimiento de ciertos derechos que pertenecen al obrero y que la Iglesia ha reconocido explícitamente... ¿Y qué decir de esos industriales católicos que hasta ahora no han cesado de mostrarse hostiles a un movimiento obrero que Nos mismo hemos recomendado?"

El pobre Pontífice hablaba *ex amaritudine cordis*, con la amargura en el corazón, de estos "católicos de escaparate", como los define, quienes, cuando promulgó la **Cuadragésimo Anno** le acusaron de haberse pasado al comunismo y

cuando se publicó la **Divini Redemptoris** celebraron "novenas"... ¡para la conversión del Papa!

El Padre Feligonde, cura párroco de un pueblo industrial de Francia, Hay-les-Roses, hablando en la **Semana de Estudios Católicos** de 1.953 daba esta indicación: "Si la Ley "Ganarás tu pan..." obliga a todo el mundo, el cristiano que, por el juego falseado de la economía actual, gana con qué dar almuerzo y cena a diez o quince familias mientras que tal o cual obrero llega a duras penas a garantizar una sola y escasa comida a la suya, ¿no debe, desde hora, corregir esta repartición injusta, volcando el contenido de su plato en aquel que está empobrecido por el juego de las mismas leyes económicas que a él le han enriquecido; y ello sin esperar que su gesto precursador haya sido ratificado y constitucionalizado por la ley de los hombres? Hay aquí, me parece, una deuda que tiene que satisfacer."

¿Recordáis la primera multiplicación de los panes en el Evangelio? Jesús tuvo compasión de la muchedumbre, que lo había dejado todo para escuchar su palabra, y dijo a sus discípulos: "dadles de comer" Una broma de Jesús para comprobar su fe; y efectivamente éstos le contestaron que era imposible porque ni había donde abastecerse ni dinero suficiente para saciar alrededor de 5.000 personas. Andrés, el hermano de Simón Pedro, añadió: "Hay ahí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero. ¿qué es esto para tantos?" Sin embargo, el milagro se realizó.

Este jovencito que había pensado en todo (es decir, en sí mismo), ¿no lo reconocéis? (responde a los ricos precavidos; y Cristo se sirve de sus recursos, no para despojarlos de sus bienes, sino para multiplicarlos en favor de los hambrientos; y lo que queda, después de la repartición, va a aumentar su capital. "Comieron todos hasta hartarse, y recogieron de los trozos que sobraron doce canastas." (M. 14, 20). El que tiene, ponga a disposición de los necesitados sus recursos; lo demás va a cuenta de Dios.

¿Qué programa tan estimulante de justicia social y de caridad nos ofrece este episodio del Evangelio! Pero, ¿cuántos querrán llevarlo a la práctica? La falta de fe impide a la mayoría de los ricos creer que la repartición de sus tesoros pueda enriquecerlos; y prefieren correr el riesgo de la polilla, el albur de la herrumbre y el peligro de los ladrones en esta tierra antes que abrir una cuenta de depósito en el cielo.

RENZO RICCIARDI